

La pedagogía en la obra de Josué Carducci

¿Fué pedagogo? En el sentido de la palabra, no. Pero, el hombre de genio no tiene campo determinado de acción: sus alas lo llevan más allá de los confines que parecen vedados á su actividad, á su energía, á su potencia; y lo que para la media-nía exige un esfuerzo máximo de intensidad y de comprensión representa para Carducci un acto fácil y tal vez espontáneo.

Carducci es pedagogo, porque fué educador durante medio siglo!

Todo lo edificado por la mentalidad del pueblo italiano, desde cincuenta años á esta parte, se puede decir que es obra suya; todo cuanto se produce de genial en la república literaria está, indudablemente por él inspirado; todo lo que hay de viril en el ánimo de la generación nueva es, por cierto, la resultante del impulso por él imprimido á la conciencia italiana que, desde Dante, no había tenido quien con tanta energía la sacudiese y la reanimase.

Entendámonos: no pretendo examinar su obra de institutor. ¿Qué me daría tamaña audacia? pero, sí, deseo que recordéis como había concebido su misión de educador y, para ello, principio por referiros un episodio de su vida.

Era á fines de 1867. Los movimientos políticos que se desenvolvieron en aquel año, es inútil volverlos á traer á vuestra memoria: la parte que el poeta tuvo en ellos, es fácil imaginársela, cuando se piensa que los dos nombres *Italia-Roma!* fueron el ensueño, el pensamiento, la fiebre de toda su vida. Pero aquellos no eran tiempos propicios á la libertad de la enseñanza, y mientras que, para perjudicarlo, se proponía su traslado de la Universidad de Bolonia á la de Nápoles, se le denunciaba al Consejo Superior de Instrucción Pública por participar abiertamente en asociaciones políticas de tendencias demagógicas, pues puso su firma al pie de una comunicación á Mazzini, en que se hacían votos por el triunfo de una causa y de un principio en contradicción con los principios y las garantías que sirven de base á la constitución civil del Estado.

¿Qué hizo Carducci en tales emergencias que «arruinaban

sus intereses» y «desconcertaban la vida de una familia de dos niñas y tres varones», y, por otra parte amenazaban su reputación de ciudadano?

Escribe una carta al editor Barbera de Florencia, rogándole haga entender á alguno (esta y la otra de que hablaré son, creo, la primera y la última carta de recomendación que el poeta escribió durante su vida) que «si al pasarlo del italiano al latín fué hecho inocente, es una insipiente burocrática (repito sus propias palabras), hacer de un hombre honrado un charlatán y hiere de muerte á un ingenio que promete alguna cosita...». «Hace siete años que, para cumplir con mi deber de profesor, me ocupo exclusivamente del italiano, y ahora pretendéis que de repente vaya á hacerme cargo de una asignatura distinta de la mía... ¿Queréis interrumpir así mi vida literaria?... Para dictar mis nuevas lecciones lo menos mal posible, tendría que dejar los trabajos literarios en que estoy empeñado y que algo me producen...». Mas el ministro firme en su propósito, contestó que había provisto por ley, cuando él había hecho cuestión de derecho.

«Cómo? escribe todavía al mismo Barbera, queréis hacer una ley para obligar á enseñar lo que no se sabe? Esto es nuevo, es extraño, es ridículo... Si no basta el derecho, si la honradez, la lógica que militan en mi favor, deben ceder ante el albedrío político, dimitiré. Arruino á mi familia, lo sé; pero los hombres como yo, no ceden. No iré á Nápoles á ejercer de charlatán por el placer de un ministro... Soy hombre de conciencia y cuando digo no puedo, es el amor á la ciencia y á mi propia dignidad el que me lo hace decir?»

Digámoslo francamente: ¿tienen todos los que enseñan, un sentimiento tan elevado de su oficio, como el que se transparenta á través de los términos simples, modestos de las dos cartas citadas y la auto-defensa brevísimas, digna, enviada al Consejo Superior de Instrucción Pública?

La traslación fué revocada, y fué una fortuna para el poeta, para el arte, para la patria. ¡Pero, es triste pensar en el efecto desastroso que hubiera podido tener el capricho de un ministro!

«Carducci no tenía carácter, y el educador que no tiene carácter no puede reputarse como tal, en el sentido propio de la palabra». Esta acusación fué en otra forma, repetida por alguno de vosotros, la otra noche en el seno de la Sociedad Pedagógica, cuando al hablar del filósofo Nolano, evocábamos la memoria del sublime poeta. Es cierto: Carducci fué monárquico, fué republicano, fué el autor de las vehementes rimas del «Ça ira» y de la oda «Alla regina», de los versos «A la figlia di Francesco Crispi». Mas ¿quién ignora que el poeta se yergue arriba de los partidos y, tal vez, arriba de la moral de su tiempo?

«Es inútil que gritéis «abajo»; la naturaleza me ha puesto en alto: deberíais más bien gritar *muerá*, les dice á los estudiantes socialistas y republicanos que en 1891, viendo en él al desertor de una bandera, se entregaron á demostraciones hostiles hacia su persona, silbando, aullando y, por fin, golpeándole, mientras

ocupaba la cátedra universitaria. Y bien: dos jubileos, organizados en su honor, cancelaron el triste recuerdo de aquel día en que, como lo dijo Villari en la Cámara «los hijos habían insultado á su padre». Padre de los estudiantes, padre regañón pero generoso. Carducci se mantiene hasta fines de 1904, en cuya época tuvo que dejar la cátedra honrada por él con 54 años de trabajos no interrumpidos.

El *maestro* conoció y admiró á los maestros elementales. ¿A dónde? En Boloña, en la escuela de Pedro Siciliani. «Venían de todas las Romañas, del Ferrarese, del fondo del Polesine, de las colinas de Verona, de los llanos de Mantua; en las heladas mañanas de enero, bajo el sol de junio; venían para oírlo y trabajar bajo su dirección y con él mismo. Y los entusiasmba hacia la gran misión humana, los consolaba de la cruel incuria de los hombres, los sublevaba y los exaltaba, revelándoles á sí mismos dignos de recibir en sí la ciencia y la verdad... Y ahora en las escuelas de Romaña, del Polesine, del Veronese, donde ha llegado la noticia de tu muerte, oh! Pedro Siciliani, se llora. ¡Bella cosa la alabanza para los hombres alabados. Santa cosa el ser llorado por los humildes, los desamparados, los pobres!» Con estas palabras el poeta saluda por última vez á los despojos del gran pedagogo, el que otras veces lo había bautizado profesor en el ateneo de Boloña, hablando apasionadamente de su cultura filosófica, de sus aptitudes para la enseñanza, de la obra de Siciliani. «Sul rinnovamento della filosofia politica in Italia» había hecho en la «Nuova Antologia» una crítica serena, sincera, penetrante, como él solo sabía hacerla.

Y ¿quién, sino Carducci, preconizó el genio filosófico y pedagógico de Roberto Ardigó? «Estudio y admiro, escribía en 1881, en un suplemento al No 1 del diario de Mantua *L'affarista alla Berlino*, yo estudio y admiro en el autor al ingenio más severamente sólido y más sólidamente nutrido de los que honran actualmente en Italia á la filosofía positiva, no vulgar y cómodamente excéptica... Ardigó, en mi opinión y en la de otros más competentes, merece el honor de una cátedra más elevada, lo que representaría todavía una ventaja para la ciencia nacional». Ardigó no tardó en ser favorecido con la cátedra de filosofía y pedagogía de la Universidad de Padua y en irradiar su doctrina profunda, luminosa sobre las ciencias filosóficas y educativas.

Internémonos un poco más en la obra carducciana, ó mejor dicho, en los fragmentos de esta obra, pues los temas pedagógicos que trató, salvo algunos que dependen de la poesía, están todos condensados en las series de los *Ceneri e faville*, y casi todos en la primera y la segunda serie que abrazan el período transcurrido de 1859 á 1876.

En una nota publicada en *La Nazione*, de Florencia, y en una de las poesías más sugestivas que figuran en la colección de las «Rime nuove» el poeta rememora sus recuerdos de escuela que no son sino recuerdos de esa dichosa edad en que, travieso, tiraba piedras á

Los cipreses altos y graves que á Bolghera
Van de San Guido en doble hilera,

á esos cipresès que tantas veces he contemplado en la ancha soledad de la Maremma pisana. Y he aquí una exclamación característica de aquella nota. «¡Dichosas vosotras, gallinas, que no vais á la escuela!» á la escuela donde se agitaba la sombra feroz de un *Aiace flagelifero* encarnado en el pedagogo don Fernando Poretti; á la escuela donde imperaba el *fore ut* y el *futurum ut*, y el verbo *me fastidio* marchitaba las rosas en las mejillas de los tiernos educandos; á la escuela donde llevaban á empujones como á un lugar de tormento, como á una especie de ergástulo, madres, tías, gobernantes á sus pupilos de mal humor ó recalcitrantes ».

Mas, la pintura de la vieja escuela, digámoslo sin reticencia, es la de muchas escuelas que existen barnizadas con el color del método intuitivo y reza más claro en estos versos:

Era il giugno maturo, era un bel giorno
De'l vital messidoro e tutta nozze
Ne gli amori del sole ardea la terra,
Igneo torrente dilagava il sole
Pe' i deserti del cielo incandescenti,
E a'l suo divino riso il mar ridea.
Non rideva io fanciullo: il nero prete
Con voce chioccia bestemmia *Io amo*,
Ed un fastidio era il suo viso: intanto
A la finestra de la scuola ardito
S'affacciava un ciliegio, e co' i suoi vermigli
Frutti allegro ammiccava, e arcane storie
Bisbigliava con l'aura... onde, obliato
Il prete e de le coniugazioni
In su la gialla pagina le file
Quai di formiche per la creta grigia,
Io tutto desioso liberava
Gli occhi e i pensier per le finestre...

Me detengo porque la digresión psicológica de maravillosa factura, con que el poeta se eleva hasta la visión de la muerte, sale de los límites de mi cuadro. Pero, sí, añadiré que aquí no concluye la crítica genial del poeta.

Nos habla de las pruebas públicas, de esos exámenes que se celebraron una vez en cierto lugar, pero que se celebran todavía ahora, y, talvez, en cualquier instituto de esta ciudad.

«Sabíamos lo que eran esos exámenes; una tensión teatral de redes en que la elocuencia papagayesca del reclame, solo en apariencia disimulaba el follaje de la retórica; sabíamos por demás qué eran esos exámenes en que la escuela se cambia en teatritos y los alumnos en histrioncitos, con mucha maravilla de las buenas mamitas y de las hermanas... Esa educación toda basada sobre las apariencias, ese método de instrucción «las más de las veces sórdido y material,

operando contra la naturaleza que ha engendrado á esa edad, como á la primera del mundo y del día, para los dulces afectos y los rápidos conceptos, en vez de esto la atormenta y la oprime, dice el poeta, con un cúmulo de compendios y epítomes; y así, tendiendo á cultivar las facultades del intelecto, no consigue sus fines, porque el *método es precoz é inadecuado*; y hace del pequeño un ser moralmente raquítico, ahogando ó deteniendo en su momento más bello, el desenvolvimiento más necesario del corazón y de la fantasía. Y á esta clase de educación debe en gran parte atribuirse el egoísmo y el escepticismo moral, que es la muerte del alma y la enfermedad de nuestros tiempos».

Y su crítica pedagógica profundiza más. Puestas á descubierto las llagas que afligen nuestras escuelas respecto á la dirección didáctico educativa, hablando en particular de la enseñanza de la lectura, afirma que es «difícil y áspera también para la mente del niño que se abre y se desarrolla por los cuidados de la educación que, *no sé si útilmente*, debe comunicarse, lo mismo que la enseñanza, como un atractivo, jugando».

Podría parecer una divagación del pedagogo; pero nadie ignora que la cuestión por él abordada está en pie desde varios siglos, en el campo psicológico y pedagógico; nadie ignora que si por un lado hay quienes miran con amor una instrucción basada sobre un método substancial de deleite y de juego ú otros, al contrario, reaccionan contra lo que comunmente se llama pedagogía toda leche y miel, ó en otros términos, pedagogía al agua de rosas. Acción y actividad no eliminan la noción de esfuerzo; acción y actividad, según De Dominicis, son también la intuición, la cognición, el pensamiento.

Nos acercamos á 1860. Carducci era el bibliógrafo titular de *La Nazione* de Florencia, en cuyo diario, criticando ó alabando con la más lacónica concisión de forma y de pensamiento, pasaba en revista las producciones literarias y escolásticas de aquella época. Vicente De Castro, uno de aquellos inspectores, según Carducci, que no jugaban y bebían todo su tiempo y su estipendio, como decía Machiavelo de su secretario, había escrito una monografía sobre el *Rinnovamento educativo delle scuole rurali*. Al joven poeta no escapó la pintura viva y verídica con que De Castro ponía en relieve las condiciones de la población rural. «Figuraos, decía, á esos hombres fatigados por el asiduo trabajo de la campaña. Los objetos externos no tienen para ellos atractivo alguno; están vegetando en una esfera donde no hay pasto alguno para la inteligencia. Interrogadlos: no saben responderos sino con un contrasentido. (La reciente investigación, á cuyo respecto informó Lombroso). Examinadlos de mas cerca y descubriréis en todos sus gestos, en el sonido de todas sus expresiones, la inquietud y la timidez que proceden de la inferioridad en que ellos mismos se reconocen, del estado de duda, de sumisión en que se halla una conciencia que se juzga humillada y poco menos que rasa.... «Urge, pues, concluía Carducci, proveer al mejoramiento de los campesinos, y uno de esos mejoramientos consiste en la instrucción primaria, bautismo moral

que los regenere y levante con dignidad. Urge, política y socialmente, porque en otra parte donde la patria está constituida, han resuelto esta cuestión social que para nosotros es, al mismo tiempo, *social y política* ». Y con estas palabras que sintetizan á grandes líneas un vasto programa, emprende el poeta contra el analfabetismo, una vigorosa campaña cuyo eco repercutió más allá de la ciudad enmurallada.

En 1862, publica en *La Nazione* un artículo *A proposito delle scuole elementari serali*, dos ó tres columnas llenas de fuego en que la cuestión de la instrucción popular poníase netamente á la orden del día, como lo está desde entonces. «El derecho altamente humano de conocer y de instruirse, es acaso únicamente de los que formamos las clases privilegiadas? se pregunta Carducci. ¿Son acaso exclusivamente nuestros los gozes supremos del espíritu que sabe y siente el deseo de saber y de perfeccionarse? Nosotros tenemos universidades, academias, gabinetes de lectura, grandes teatros; nosotros, severos *dilettanti* del espíritu, estamos avezados á crearnos todos los días nuevas fuentes de voluptuosidades que gustamos muellemente, delicadamente, con sutileza casi sensual. Entre tanto el pueblo, esto es, millares y millares de hombres con las mismas facultades que nosotros se están embruteciendo en la más estúpida, la más corrupta ignorancia. Y no son chanzas. Consultad el cuadro de las utilidades que en pocos meses ha reportado al gobierno la Real Lotería, consultad la cifra de lo que han dado solamente las provincias toscanas. ¡Oh! si los gobiernos conservan al pueblo el juego de la lotería, que la burguesía cuando menos les mantenga la escuela. Una brizna de saber al pobre Lázaro recostado á la puerta, una brizna sola de vuestra cena, ¡oh! Epulones de la Enciclopedia! (1)

¿Por qué envidiar á tantos millares de hombres, tamaña parte de humanidad? ¿Por qué negar á los ojos del pobre, agobiado bajo el peso de la fatiga, un poco de esa luz alegrante que enciende en nosotros el conocimiento de la verdad? ¿Por qué envidiarle el relámpago del entusiasmo que estalla á la noticia de las glorias de sus antepasados? Y el relámpago del entusiasmo es sagrado para el paisano, cuyos mayores levantaron esos monumentos en medio de los que trabajan, documentos marmóreos de la historia italiana; del paisano que debe y quiere, cuando es menester, combatir y morir por su país ». Y continúa: «Si Fernando Borbón decía que para tener un pueblo, tres F bastaban: Farina, Feste é Forca», es que debía y podía decirlo, él, Borbón, él, rey de lazzaroni y bandidos. Pero me disgusta que un poeta á quien nuestra juventud se ha avezado á saludar ciudadano libre, haya repetido tamaña blasfemia, escribiendo en el latín bíblico de una hipercalipsa que tres A bastan á la plebe: *Ara, Aratrum, Arbor patibularius*. . . ¡Pobre Foscolo! En cuanto al punto hasta donde debe llevarse la instrucción del pueblo, la nueva fórmula baccelliana, indeterminada, algo vaga, que

(1) *Epulón*, de *epulo*, en latín, banquete; sacerdote romano de uno de los cuatro grandes colegios sacerdotales que tenía por misión preparar los festines sagrados.

aconseja: «Instruir al pueblo lo suficiente, educarlo lo más posible». Pero, ¿basta con enseñarle á leer, escribir y sacar cuentas? Encerrarse en estos límites, ¿no es acaso, como dice Huxley, dar el plato, la cuchara y el tenedor al hambriento, sin ponerle en el plato comida? Voy á contestar á estas preguntas, recordandoos un pasaje de aquel discurso (no añado adjetivos, porque no los hallo apropiados para calificar tanta elocución), de aquel discurso, repito, que Carducci pronunció el 8 de agosto de 1873, en la *Leggenda per l'istruzione del popolo*. «En resumen, dijo, esta instrucción popular que todos, hoy, predicamos y procuramos difundir de diversas maneras y en grados diversos, esta luz espiritual que con la velocidad y la potencia irresistible de la luz física penetra en todas las clases sociales, despertando en los centros más degenerados nuevos elementos de vida, esta instrucción popular, digo, está operando en la sociedad una transformación tan inaudita que, tal vez, sus pregoneros de hoy no saben ó no pueden imaginar ó idear, esperar ó temer tanta grandeza. Temer, he dicho, porque los hay que no disimulan cierta inquietud acerca de los designios finales de los que hoy se empeñan en difundir la instrucción en el vulgo. Hasta aquí, sí, dicen algunos; más allá, no: sería malo. Y bien: decid al Sol que ilumine tan sólo á la cma del monte, ó á este lado antes que al otro, y con determinada fuerza de luz. Cuando llegue la hora, el Sol inundará de su esplendor al mundo y al valle; y no habrá rincón escondido, pedazo de tierra, arbusto, vástago, brizna de hierba, germen que no vibre de fecundidad y de concepción, de vida y de alegría, sea un instante, bajo el reir del divino padre de la naturaleza. Por otra parte, esta obra de promover y difundir la instrucción del pueblo en pro de la cual nuestra época tanto se acalora no es, creedlo, ni un beneficio que, en nuestra generosidad, impartimos, ni del todo ó parcialmente, un deber que cumplimos, una justicia que ejercitamos. «Hay en todo esto algo de necesario y fatal: estamos empujados por la premura de los tiempos que se cumplen, estamos llevados por la sucesión lógica de las revoluciones. Hay más todavía: es una necesidad de nuestro organismo social que quiere ser satisfecho. Nosotros nos sentimos viejos, nos sentimos concluir de consunción, y queremos que refluya en nosotros la vida y la juventud con la transfusión de tu sangre ¡oh pueblo!, que los escépticos de la historia llaman el eterno niño, y que yo reverente saludo, niño inmortal, que derribas jugando á los gigantes, como David, que fundas cantando las civilizaciones como Orfeo».

Hablemos claro: ¿quién ha escrito jamás, en una prosa tan robusta y sublime (hé aquí un adjetivo que está en su lugar) páginas llenas de tanto calor, de entusiasmo tan noble y generoso por la causa del pueblo? ¿Quién tuvo jamás, tan neta, tan segura, tan precisa la visión de los ideales de esa redención humana y cívica de la cual el poeta fué el artífice supremo? Ah! quisiéramos en nuestros comicios pro-escuela la centésima parte de tanta elocuencia para convencer y conquistar el ánimo del pueblo todavía titubeante si debe gritar ¡*Hosannah!* ó bien de nuevo el *crucificalo* á aquel

que muriendo mártir del libre pensamiento, intentó librarlo de las cadenas del dogma, borrarle la pátina de la superstición y del prejuicio. Quisiéramos que, desde los bancos de Montecitorio ó del palacio Madama, tronase todavía una voz como la que ayer se apagara, para contar en el número de las victorias, las futuras inminentes batallas de la escuela.

Si él, el poeta cívico, rompería todavía una lanza á favor de la evocación de la escuela del Estado, evocación que en otro tiempo propugnó en el Consejo comunal de Bolonia...

ANTONIO MORVIDI.